

fijamos para que en nuestra Santa Iglesia Catedral se gane la Indulgencia, es el Domingo 29 de Agosto, fiesta del Sagrado Corazón de María, y víspera de la clausura de la Santa Visita.

Recibid, Hermanos é Hijos Nuestros, la Bendición Pastoral que de nuevo os enviamos.

Este Edicto será leído *inter missarum solemnia*, en todas las Iglesias y oratorios de la Diócesi, el primer Domingo después de recibido, omitiendo lo que al Clero exclusivamente se refiere, y hemos encerrado entre dos asteriscos (**).

Dado en Nuestro Palacio Episcopal de Monterrey, á 31 de Julio del año del Señor de 1880.

✠ IGNACIO,
OBISPO DE LINARES.



SERMÓN

PREDICADO EN LA PARROQUIA DE SANTIAGO DEL SALTILLO,
EL 3 DE OCTUBRE DE 1880, AL TERMINAR
LA VISITA PASTORAL
DE LA MISMA.



*Attendite vobis et universo gregi, in quo
vos Spiritus Sanctus posuit Episcopos regere
Ecclesiam Dei, quam acquisivit sanguine suo.*

Mirad por vosotros y por toda la grey, en
la cual el Espíritu Santo os puso por Obispos
para gobernar la Iglesia de Dios que ganó
con su sangre.

ACT. XX, 28.

DE propósito, y contra mi costumbre, me he abstenido de subir á la cátedra sagrada, en las tres semanas que han trascurrido desde que inauguré solemnemente mi pastoral visita. La predicación, que debe ser aun más frecuente que de ordinario en semejantes circunstancias, la encomendé á dos zelosos misioneros de la congregación de San Vicente, que todos los días os han distribuido en abundancia el pan saludable de la divina palabra. Yo entretanto, al mismo

tiempo que me entregaba á las demás ocupaciones de mi pastoral ministerio, os observaba en silencio, estudiaba en cuanto es posible vuestro carácter, y me preparaba á comunicaros el último día el fruto de mis observaciones.

Desde que, hace nueve años, empuñé por primera vez el pesado báculo con que me tocó regir la vecina diócesi, pude formarme de vuestra ciudad favorable concepto. La mayor parte de los pocos colaboradores que en aquella encontré, vieron entre vosotros la luz primera, recibieron en esta fuente las aguas del bautismo, y al pié de estos altares fueron llamados, como Aarón, al sacerdocio. Un pueblo en que las madres entregan sin vacilar sus hijos á la Iglesia; en que los niños desde temprano se inclinan al Santuario; en que tantos hombres han preferido, aun en los días más aciagos, á la pluma ó á la espada, el menospreciado incensario, no puede menos que ser en su totalidad profundamente religioso. Tal fué mi justo raciocinio, y tuve ocasión de confirmarme en mi juicio, cuando al pasar, de prisa y como huésped, por vuestra Capital, me fué dado admirar el esplendor y número de sus templos, y ver el inmenso concurso que en ellos asistía á los divinos misterios. Ideas todavía más favorables debieron inspirarme las numerosas cofradías y asociaciones, de cuya existencia tuve noticia apenas llegué á mi nuevo obispado, y los ventajosos informes que me dieron de vuestra piedad y catolicismo, personas nacidas lejos de vuestro suelo, y por consiguiente imparciales. Deseaba, pues, con ansia penetrar dentro de vuestros muros, y visitaros, ya no como extraño y de paso, sino como vuestro padre y Pastor.

Pero no faltaron algunos hijos de vuestro propio pueblo, que sembraron en mi pecho la desconfianza. Quisieron vindicar para la ciudad cuyas auras respiran, el triste renombre de antireligiosa; y de tal manera insistieron en sus no contrariados asertos, que llegué á dudar de la rectitud de mis juicios, á pensar que ellos, y no yo, tendrían la razón, y á dar por un momento la palma á vuestros detractores. No se os oculta que es bien diverso el modo con que se presenta el Pastor en el redil en que todas las ovejas le pertenecen, en que todas lo conocen y se le acercan, en que todas vienen á tomar de sus manos el alimento y la sal que cariñoso les ofrece; y la manera reservada con que llega á un aprisco de propiedad dudosa, en que la mayor parte del rebaño desconoce su voz, y los pocos corderos que le son fieles, no pueden con libertad acercársele.

Hé aquí por qué, en la amarga duda que me devoraba, rehusé decididamente los agasajos con que os preparabais á rendir homenaje á la dignidad de que estoy revestido, y al Dios de paz á quien, aunque sin méritos, represento. Hé aquí por qué, ya que no me fué posible entrar en el silencio de la noche y sin que percibierais mi llegada, cerré obstinadamente mis labios hasta saber á qué pueblo y á qué clase de oyentes había de predicar; si á turbas sencillas, como las que seguían al Salvador á orillas del mar de Tiberiades, ó á Fariseos astutos y Doctores de la Ley, como los que penetraban en la Sinagoga de Cafarnaum.

Desde que mis ojos divisaron en lontananza vuestros alegres campanarios, pude comprender que me habían engañado los que, constituyéndose intérpretes de la opi-

nión pública, se habían atrevido á calumniaros. Recordé, al avanzar por vuestras calles, las palabras que Jesucristo, al bajar en triunfo de Betania á Jerusalén, dirigió á aquellos que pretendían imponer silencio á la entusiasmada muchedumbre. *Dígoos en verdad*, replicó el Divino Maestro, *que si éstos callaren, las piedras darán voces*. Así acaeció también con vuestras ovaciones. En vano las rehusé, en vano os mostré una esquivez, quizás excesiva, en vano se tomaron todas las medidas conducentes á que nada se permitiera hacer á la multitud cristiana, que hiera en lo más mínimo la delicada vista ó los oídos de los que piensan, ó afectan pensar, de diversa manera que la mayoría de sus conciudadanos. *Las piedras hablaron*, según la expresión de Jesucristo; y á medida que os he venido conociendo y tratando, me he convencido de que mi primer juicio acerca de vosotros era el verdadero; que os hicieron más justicia los extraños que vuestros propios compatriotas; que me hallo entre un pueblo piadoso y cristiano; en un rebaño todo mío, que escuchará obediente la voz del Pastor, y vendrá á rumiar afanoso el pasto saludable que mi mano le ofrece.

Subo, pues, al púlpito lleno de confianza, persuadido de que me hallo en el seno de amorosa familia, á quien podré predicar con sencillez y libertad las verdades evangélicas, sin que haya entre los oyentes quien aceche, cual los Fariseos, á ver si sorprende alguna palabra que echar en cara al ministro del Señor. En tal virtud, os expondré simplemente, como nos mandan los sagrados Ritos, el objeto y fines de la visita que periódicamente hace el Obispo á sus Diocesanos. A esta exposición, que en otras circunstancias habría convenido haceros á mi llegada,

añadiré las observaciones que me sugiera la experiencia adquirida en la visita que hoy va á terminar.

Aunque es sencillo el fin, y fácil el asunto, nada puede el hombre sin el auxilio de la Divinidad. Rogad á María que me lo alcance de su Hijo divino, que no lo negará por cierto á su poderosa intercesión.

AVE MARÍA.

I

¡Qué cuadro tan bello nos presentan los Hechos de los Apóstoles, al referirnos la despedida de San Pedro en Mileto! *Vocavit majores natu Ecclesie*, nos dice San Lucas; envió mensajeros á Éfeso y á las ciudades circunvecinas, y juntamente con los fieles de más influencia, y los sacerdotes, vinieron Timoteo y otros Obispos, á quienes debía hacer el Apóstol sus últimos encargos. ¿Quién pudiera pintar la majestuosa figura de aquel vaso de elección, en medio de esa escogida asamblea? ¿Quién seguir uno á uno sus gestos y ademanes, reflejar el fuego de sus ojos, medir las ondulaciones de su flotante barba? No hacía mucho que los paganos, deslumbrados con la gravedad de su andar y su divino continente, lo habían tomado por Júpiter ó alguno de sus falsos dioses. Habían trascurrido siglos desde que la espada de Nerón hiciera callar aquella voz dominadora, cuando el elocuente Agustín manifestaba su ardiente, aunque irrealizable deseo, de escucharla. Esa voz, por la cual el Espíritu Santo se complace en hablar, vibra ahora en la playa de Mileto, anunciando su próximo viaje á la ciudad siempre santa de Jerusalén. “Después de mi partida, les dice, asaltarán este redil lobos

carniceros, que devorarán sin piedad los tiernos corderillos y causarán terrible estrago en las indefensas ovejas: *Intrabunt post discessionem meam lupi rapaces in vos non parcentes gregi*. ¡Ah! y no sólo serán extraños los que rieguen el aprisco de sangre inocente. De vosotros mismos, de vuestro propio seno, se levantarán hombres inicuos que predicarán perversas doctrinas, y difundiendo la herejía y el cisma, seducirán á los incautos, y harán inauditos esfuerzos para atraer á su partido aun á los más fuertes en la fé. *Et ex vobis ipsis exsurgent viri loquentes perversa, ut abducant discipulos post se*. Pastores, no os entreguéis al sueño cuando tales peligros amenazan á vuestra grey; *propter quod vigilate*: inspeccionad de día y de noche vuestro rebaño, contad las ovejas, reunid los corderos, rodeadlos de cuidados: ¡ay si uno solo llega á faltar por vuestra negligencia! *propter quod vigilate*. Vosotros, que el Espíritu Santo ha constituido Obispos, para que gobernéis, cada cual en la parte que le ha sido asignada, la Iglesia de Dios, esposa inmaculada que Jesucristo ganó vertiendo por ella hasta la última gota de su sangre preciosísima; vosotros velad más que nadie, llenad vuestro deber, y prodigad vuestros afanes, no en un solo punto ni á un reducido número de fieles predilectos, sino á todas y cada una de las almas que os han sido encomendadas, á toda la grey, sin excepción ni reserva de ningún género. *Attendite vobis et universo gregi in quo vos Spiritus Sanctus posuit episcopos regere Ecclesiam Dei, quam acquisivit sanguine suo*.”

¡Oh Apóstol de las Gentes! Bien conozco que tu inspirado lenguaje se dirige también á mí y á todos los Obispos que ha tenido la Iglesia, y que en ella empu-

ñarán el báculo hasta la consumación de los siglos. En cumplimiento de este mandato, he venido, Hijos míos, á visitaros, siendo vosotros los primeros, á que después de la ciudad episcopal, haya consagrado mis afanes. Nuestra Madre la Iglesia, que con sus mandamientos generales facilita el cumplimiento de los de la Ley de Dios, también en sus preceptos particulares tiende á hacernos más fáciles los mandatos divinos, que á determinada clase de personas toca cumplir. Su sabiduría resplandece hasta en los más insignificantes pormenores del reglamento que prescribe para la visita pastoral. Voy á llamar hacia ellos vuestra piadosa atención, y ante todo haré resaltar la belleza y ternura de la primera ceremonia que notasteis al entrar yo por primera vez en el templo.

A todos sin excepción alguna se extiende la solicitud de la Iglesia, y á todos, *universo gregi*, deben alcanzar los cuidados del vigilante Pastor. No sólo aquella parte de su grey que aún milita en las pacíficas filas de los soldados de Jesucristo debe ser objeto de sus fervientes oraciones; antes bien éstas han de dirigirse de preferencia al alivio de aquellos, que detenidos en el camino del cielo, purgan con el fuego expiatorio las faltas ligeras con que, al partir de este mundo, se encontró manchada su nupcial vestidura.

Así es que apenas llega el Prelado, ordenan los sagrados Ritos que cesen los alegres repiques, que se interrumpa la música festiva, y callen los himnos eucarísticos. Él mismo trueca inmediatamente sus vestiduras de gala por otras de luto, y entona, acompañado de su clero, fúnebre salmodia. ¡Momento sublime que siempre me llena de saludable temor y de agradecimiento hacia

la Iglesia, madre amorosa que se acuerda aun de aquellos que el mundo ha condenado hace tiempo á olvido profundo! Cubierto el Prelado con negro pluvial, y coronada su cabeza con mitra sin adornos, rocía con agua lustral las tumbas que contienen, bajo el presbiterio, los restos de los antiguos sacerdotes que en aquella parroquia sirvieron. ¿Quién piensa en pedir eterno descanso para aquel benemérito ministro del cielo, que con mil trabajos y sacrificios puso los cimientos de la Basílica que ahora nos cubre? ¿Quién pronuncia los nombres de aquellos sacerdotes que aquí sostuvieron el decoro de la casa de Dios, que convirtieron con sus predicaciones á los abuelos de muchos que hoy se ven congregados en este recinto, que recogieron el postrer suspiro de vuestros padres y los acompañaron á la última morada? No temáis, beneméritos ministros del Evangelio. ¡La Iglesia no os olvida! Mientras haya un Obispo en el mundo, que en cumplimiento de su pastoral ministerio recorra su territorio y visite sus parroquias, él se acordará de vosotros antes que de ninguno, y apenas baje del vehículo que lo ha traído de su Capital, rogará al Padre de las misericordias que haga brillar sobre vuestras almas la luz de sempiterna felicidad. Y vosotros, bienhechores de la Esposa de Jesucristo, que erogáis en favor de los templos cuantiosas limosnas, y amáis, como David, el esplendor de la casa del Señor, tampoco vosotros seréis olvidados. Todo es mudable en este mundo. Aunque toméis cuantas precauciones caben en la humana prudencia para que los legados que dejáis en favor de vuestra alma no caigan en manos profanas; aunque deis á vuestros hijos y á vuestros nietos, á vuestros herederos y albaceas, ter-